

TRANSITIVIDAD, LENGUAJE Y METAFISICA

EL LENGUAJE natural no es propenso a conclusiones. Concluir es descubrir una brecha semántica al través de las sinuosidades —o tentaciones laterales— del discurso. La conclusión se vuelve, al parecer, tanto más rigurosa, cuanto más se convierte en pura vialidad. Para alcanzar la estación terminal de las secuencias lógicas, sin vacilaciones, se debe en buena medida volatilizar el mundo y volatilizar también al sujeto que lo posee, quiéralo o no, en la palabra. Y, hablando estrictamente, sólo se puede concluir allí donde existen premisas y reglas que fuercen sin roce semántico el tránsito de los valores lógicos a través de las fórmulas o proposiciones. Más que de un tránsito, que sugiere cierta libertad, trátase de una caída en la conclusión, caída vertical del pensamiento y también de reposo.*

Además, el lenguaje natural se resiste a perder totalmente el sentido, a volverse un hablar sin sentido, como una reina fuera del tablero de ajedrez, o a autoaniquilarse, como sucede con las paradojas de los lenguajes contruidos, porque el lenguaje es expresión y al mismo tiempo apertura al mundo. Apertura y situación que en la palabra y en la frase quedan siempre superadas con la pro-posición de un “mundo”. Esta podría ser una acusación. Y es en efecto el tema de “la metafísica natural, implícita en el lenguaje cotidiano”.

Quien desee interpretar el pensamiento ajeno tendrá siempre abierta una vía que le permita ya una modificación, ya una integración de lo que se interpreta, removiendo y buscando en la densidad misma de las

* Contraponemos, por cierto, el lenguaje natural al lenguaje de las fórmulas lógicas y a los lenguajes “convencionales” en general. Pero también el hombre, más acá de las técnicas de la exactitud puede caer en la corriente de la deductibilidad infinita, en la búsqueda de la razón de las razones, en la manía del *arjé*. Sin embargo, “el ente de razón” no ha concluido, al menos hasta ahora: una última razón no es razonable si no puede ser razonada y, si lo es, no será la última. ¿Y las evidencias? ¿A es A, por ejemplo? El argumento más serio fue dado por Aristóteles: en definitiva, las “evidencias” son respec-

bles porque de lo contrario el pensamiento no podría preguntarse otras cosas. Así, debo aceptar ciertos juicios que, o dicen muy poco, o dicen tanto que más honrado sería detenerme toda la vida en ellos hasta descubrir y hermanar sus múltiples sentidos. Pero en nuestros tiempos, en que no queda tiempo para afianzar principios y muy poco para afianzar los fueros de la razón, es más expedito recurrir al principio de la convencionalidad de los principios. Nuestro tema está especialmente dedicado a ese aspecto de la lógica, y a su crítica.

palabras. En esta búsqueda es donde aparece el vocablo (o la frase) como un haz de compromisos ontológicos, y a tal punto, de revelarse extraño, al menos en una de sus dimensiones, a quien expresándolo, lo creyó de su entera disponibilidad.

El poeta —afirmó Sócrates— dice cosas bellas y verdaderas, pero no sabe lo que dice. El lenguaje habla en él y por el lenguaje se expone en su plenitud la verdad o el ser verdadero. El lenguaje elige al poeta.

La lógica, a fin de ganar efectivamente la apodicticidad, la “formalidad” y la conclusión tiene, por fuerza, que prescindir del “contenido” de las proposiciones.* Son éstas, pues, portadoras de un misterioso dualismo: contingencia-necesidad. Pero ¿qué significación deberemos dar a esta dicotomía? Parece que el mayor peligro a que está expuesta una explicación del problema consiste en la tentación de ontologizar las formas: platonismo lógico. El otro, no menor, la absorción de las formas por el sujeto empírico, entró en agonía desde principios de siglo, especialmente por obra de Husserl.

Si la lógica no asienta su reflexión en ámbito alguno de la realidad, ni en los sujetos empíricos, ni en el sujeto trascendental, ni tampoco en una ontología del objeto en cuanto objeto; si por este mismo hecho debe postular su carácter de *órganon* (si no quiere ser un mero juego) y, es por otra parte, justificado pensar que la instrumentalidad supone o un descubrimiento o una creación que acerque el instrumento, lo ordene y adecúe a las cosas, entonces, no queda otro camino a la lógica que la toma de posición en el campo de la gramática. Preceptiva del lenguaje correcto. El pretendido neutralismo metafísico de los lógicos no puede sostenerse, sino tomando el control del reino de la posibilidad: el lenguaje, tenido como pura disponibilidad referencial, como reenvío y neutralidad absoluta, como transparencia e instrumentalidad.

Sin embargo, el lenguaje —se dice— es más dócil al sujeto que al objeto, con facilidad inclínase a la confabulación subjetiva y, en el proceso histórico de sus cambios, solidifica en profundidad y superficie la actitud permanentemente nostálgica del hombre. Lo decía Nietzsche: “No nos libraremos jamás de Dios, mientras sigamos creyendo en la Gramática”.

El positivismo lógico ha centrado su preocupación en el lenguaje;

* “Formal” as ‘logical’, ‘necessary’ (in distinction to ‘factual’, ‘contingent’); as reference to designata” *Introd. To Semantics*, Carnap, Harvard University Press, 1948, p. 232.

es su intento establecer las condiciones sintácticas y semánticas de un lenguaje “bien construido”, *more geometrico*. Este debería conservar los elementos lógicos del lenguaje corriente, aquellos que permiten cursar la legalidad del discurso hasta su conclusión, y eliminar, al mismo tiempo, todas aquellas categorías que ocultan una posición o disposición —la metafísica natural— frente al ser del mundo.

Lo que parece estar fuera de duda es la posibilidad misma de quemar las significaciones, reteniendo de ellas ciertas formas neutrales, porque vacías; necesarias, porque analíticas; conclusivas, porque lógicas.

Nosotros propendemos a ver, y quisiéramos que este trabajo fuera un antecedente a nuestro favor, que lo que se viene llamando una “forma pura o vacía” es una forma de significar, que es pro-posición de las flecciones o figuras articulables del ser, que se trata de una semántica universal en la que se articulan y engastan los particulares sentidos de las palabras. Pero, por otra parte, creemos que es el “contenido” el que determina la forma posible de flexión, es decir, la figura ontológica propuesta para tales contenidos.

Esto lo veremos, ahora, en el problema de la transitividad. Suponemos que la figura y el dinamismo sujeto —predicado— complementos se determinan recíprocamente por la significación de cada uno de sus términos. Ahora bien, por varias razones el tema de la transitividad sería útil a nuestro aserto general:

1. Los términos “acción” y “relación” “transitivas” son aplicables a diversos ámbitos de la realidad: teología, derecho, física, lógica, gramática, etc. Kant, por ejemplo, “despertó de su sueño dogmático” reflexionando con Hume sobre el misterio de la transitividad causal. Por otra parte, todos conocemos el ingente esfuerzo de los gramáticos por alcanzar una definición real del verbo transitivo. Y, por último, la lógica de relaciones trabaja con el concepto de relación transitiva y, en el cálculo cuantificacional y proposicional se emplean ciertos axiomas y teoremas que implican tal relación. Sin embargo, parece, no se ha indagado hasta ahora qué aspecto común pudiera existir entre estas maneras de ser de la transitividad.

2. La relación transitiva —así como la reflexiva y la simétrica— exige de parte de los lógicos una previa reflexión sobre el material lingüístico y sus significaciones.

3. Y por lo que respecta al campo gramatical el intento de definir los verbos transitivos por el caso (def. funcional), ciertamente no presta ninguna utilidad a la solución del problema general de la significación

del término “transitivo”, puesto que el caso no puede quedar especificado sino por la relación al verbo. El verbo es el eje de la figura proposicional.

La teoría de la transitividad tuvo origen en la gramática griega y latina de la tardía Edad Helenística. Entre los autores latinos fue Prisciano quien usó los términos “transitivus” e “intransitivus” como traducción del griego μεταβατιχός y ἀμετάβατος. Es interesante observar que para estos gramáticos son transitivas todas las palabras regentes y no sólo el verbo.

“En los tratados de lingüística histórica y general se suele hoy justificar de varias maneras la existencia de los verbos transitivos. Existe una justificación de naturaleza formal, según la cual serían transitivos los verbos reversibles del activo al pasivo. Una segunda de naturaleza ontológica por la que se establece que hay acciones (o nociones de acciones) en sí y por sí transitivas, acciones que salen del sujeto, fundando la posibilidad del objeto externo. En fin, existe, por último, una justificación que podríamos llamar “sintagmática”: en sí los verbos transitivos e intransitivos no presentan ninguna diferencia formal; se distinguen sólo porque unos se construyen con el acusativo del objeto externo”.*

Nuestra tesis se aproxima al punto de partida de la que se ha denominado “la justificación ontológica”. Afirmábamos que las palabras bosquejan al encontrarse en la frase un contorno, una cosedura significativa, siempre que no demos a “mundo” el sentido de “actualidad presente”, o de “puntualidad fáctica”. Justamente es el lenguaje el que desvela o propone un “mundo”, más allá del dato insignificante.

La composición de la figura transitivo-verbal supone una disponibilidad previa de los entes, a la acción modelante,** es decir, el movimiento trascendente del sujeto —como en el caso de “pensar”— o del objeto —como en el caso de “sufrir tu ausencia”— implica, al menos lingüísticamente, una cierta libertad de composición, una disponibilidad y una libre elección del término informado. “Yo pienso” es una determinación que cualifica cierta actividad (habitual) del sujeto, actividad casi-destemporalizada respecto del ser que la ejecuta. Pero cada vez que la realizo, ésta se vuelve la forma que recae sobre una materia previa-

* Tullio De Mauro, *Accusativo, Transitivo, Intransitivo*, Accademia Naz., dei Lincei, Roma 1959.

** No queremos dar a los términos “modelo” (forma) y “materia” la precisión

clásica. En el plano lingüístico, como afirmábamos, creemos que la forma surge juntamente del encuentro con la materia significativa.

mente disponible a mi actividad pensante, un mundo de elección. Bien podría dudar de la existencia real de todos y cada uno de los relatos de mi pensar; sin embargo, no por esto dejarían de ser materia para mi pensamiento. Y si el término de mi actividad fuese uno y monóticamente el mismo, éste se transmutaría en forma, absorbido por la acción, y la acción, en determinación de mi existencia. *

La acción es, pues, modalidad, forma temporalizante (*cum tempore*) o de la existencia, acaeciendo y agotándose en ella —como en el caso de sonreír, que es una figura que se bosqueja a sí misma— o de la existencia en cuanto menesterosa de “mundo”.

En resumen, el tránsito gramatical supone posibilidad de dirección en éste o en aquel sentido. ** No está dicho todavía qué es lo que transita intencional o realmente al través de la acción y cuáles son las estaciones del tránsito. Creemos, contrariamente a lo que concluye la mayoría de los gramáticos ontólogos, que bajo la común denominación de “verbo transitivo” existe una riqueza indefinida de figuras propuestas como fenómenos de conexión. Esto es lo que veremos ahora.

“En los verbos transitivos la acción pasa al objeto directo”. ***

Es efectivo que en tales verbos *algo* transita o trasciende a otro sujeto o lo informa intencionalmente. Pero no es siempre la acción misma (como afirma generalmente la gramática). La acción puede ser el vehículo y la modalidad con la que *un ente* transmigra de un sujeto a otro.

Nos podemos plantear, en primer término, por qué razón el verbo “contagiar” es concluyente en una secuencia de relaciones, donde “R” sea igual a “contagiar” y $(x,z) (Ey) xRy . yRz \supset xRz$; y por qué “amar” que parece pertenecer a la misma categoría gramatical no ofrece esta característica en una secuencia de más de dos miembros.

Primeramente, quisiéramos señalar que, para establecer una relación de transitividad en el sentido lógico, el objeto transeúnte debe ser *uno* y *el mismo a través de todos los relatos*. En términos gramaticales: sujetos y complementos indirectos son los términos relativos a través de los cuales “algo” —que no es la acción— está en movimiento. El verbo es la posibilidad de ese movimiento y es su forma. ¿Cuál es en el caso de

* Como el caso de “yo respiro”.

** Cuando se siente la posibilidad de vivir fuera de sí, por otro, se puede sentir luego este imperativo, que no es en absoluto tautológico: “Yo debo vivir mi vida”. El verbo vivir —intransitivo— se vuelve

transitivo por esa posibilidad que me amenaza y que yo no había tenido en cuenta: vivir otra vida, que no es la mía.

*** Definición de la Real Academia Española.

“contagiar” ese algo transeúnte? Aquella determinada enfermedad, ese determinado virus, uno y el mismo a través de todos los términos. El objeto “virus” va transmigrando el flujo de la acción de dar a otro.

Similarmente, la acción de “crear”. La creación es un acto que otorga el ser a algo; quien fue creado puede a su vez crear, es decir, transmitir el ser; un ser parmenídeo, uno y el mismo en la cadena de los seres creados. Más que tránsito, el ser cumple un salto sobre la nada, fundándose y fundando. Esta es la figura lingüística del verbo crear.

En la acción de “mover” lo original reside en que el mismo sujeto paciente es, al tiempo, objeto transeúnte para convertirse luego en sujeto agente.

Que no sea siempre la acción la transeúnte, sino el vehículo de un ente que por ella se comunica a otros, se podrá ver con este ejemplo muchísimo más gráfico: en un regimiento, el capitán ordena ejecutar cierta operación “x” al teniente; éste la transmite al sargento; este último, al concripto. Se dice que la orden fue transmitida y que $aRb \cdot bRc$ aRc . No sólo es importante destacar aquí que la orden atraviesa efectivamente los relatos, y que cada uno de estos desempeña dos funciones contrarias y sucesivas en la modalidad de la acción. Lo esencial, desde un punto de vista “lógico”, es que de esta manera cada relato constituye un intermediario relativo entre el primero y el último términos, de tal manera que, en los ejemplos aducidos, la enfermedad encuentra su origen en “A” y la orden su *fundamentación* en “Capitán”. *

La transitividad causal y la de fundamentación son transitividades “lógicas” si a) lo cedido en la modalidad de la acción es una e idéntica entidad, y b) si existe un sujeto agente (inicial), dentro de la serie, que desencadene la acción de ceder, de modo que sea siempre posible retornar a él como a su fundamento u origen.

En las relaciones lógico-transitivas, tales como “ser hermano de”, “ser conciudadano de”, etc., el fundamento de la secuencia se da fuera de la serie y la relación de cada uno de los miembros al fundamento “X” determina horizontalmente la relación entre éstos.

Existen otras relaciones de modalidad causal que no permiten la

* La pensadora neo-tomista Francesca Rivetti-Barbó tradujo al lenguaje de la lógica simbólica la demostración de la existencia de Dios *ex parte motus* (primera vía de Sto. Tomás). Tres de los cuatro axiomas empleados se “explicitan”

allí a través de un análisis fenomenológico del verbo mover. Estas páginas de análisis nos parecen las más interesantes del trabajo. (Fca. Rivetti-Barbó, *Revista neo-tomista*, 1958, Nº 3).

secuencia del tipo $aRb \cdot bRc \supset aRc$, debido a que la acción modalizante o transeúnte se agota o queda en el objeto terminal. Vemos, ahora, que es posible encontrar en el lenguaje una verdadera “teoría” de la modalidad causal, una teoría sobre la comunidad óntica.

Pero la transitividad lingüística no sólo propone la figura causal, en los dos sentidos anotados. Propone muchas y complejas conexiones y una de éstas es la del acto intencional (transitividad intencional).

En el verbo “amar” no existe el complemento indirecto, es decir, el segundo término capaz de recibir ese algo que, desprendido del sujeto absoluto, fluye en la modalidad de la acción. El amor trasciende, por cierto, al sujeto, pero es todavía una modalidad temporalizada del sujeto, dependiente de él e intransferible. Transita sólo figurativamente. El amor, constituye, como se dice de otros actos, una trascendencia en la immanencia, un acto que puede, a lo sumo, constituirse en el recíproco de otro acto intencional de naturaleza semejante.

La trascendencia del amor es un intento fracasado de alcanzar al otro. Mi amor es siempre mi amor, como mi odio o mis anhelos; modalidades que jamás describen un trayecto real. Si pudiera colocarme, por medio de un acto de amor, en el ser amado, amaría a quien éste ama, en vez de odiarlo. Sólo un amor infinito puede volverse transitivo como una acción real.

Los “mecanismos” y criterios que generalmente da la gramática para reconocer complementos directos y verbos transitivos, más de alguna vez se muestran inadecuados. Esto sucede con ciertos verbos de los que hemos llamado transitivo-intencionales. La lengua española, por ejemplo, intercala la preposición “en” o “sobre” entre el verbo pensar y su objeto. Sin embargo, todas las reglas de reconocimiento del caso acusativo —menos uno— fuerzan a declarar que el objeto del acto de pensar es directo. Entonces, ¿por qué la preposición? El latín de Cicerón dice: *cogitare rem aliquam toto animo*; el italiano, *pensami*, por piensa en mí.

Pensar, en nuestra lengua, es revolotear por el objeto. El castellano ha ido creando en el afanoso ejercicio del pensar una especie de callosidad lingüística, flexionante y distanciadora: la partícula “en”.

Reflexionando sobre el lenguaje, vemos que algo similar ha ocurrido a muchos pensadores: han colocado entre la reflexión y su objeto una estructura aislante: la estructura lógica. Históricamente, el esfuerzo de lógicos y gramáticos se ha dirigido a vaciar al verbo de su intimidad. Esta es también una condición del lenguaje cotidiano que, por ir directamente a las cosas, a la referencia, las desvirtúa o las oculta. Pero entre

el proceder científico y el hábito de la “charla” (en el sentido heideggeriano), existe una profunda diferencia: mientras que el primero fija modelos siempre inadecuados, la segunda destruye, pero crea, al mismo tiempo, nuevas formas de acercamiento a la materia viva de su mundo.

Hasta la época de Varrón el verbo contener (*cum-teneo*) significaba, en una de sus más socorridas acepciones, “tener juntamente”, “mantener unido”, “amarrar”. El tener junto o en cohesión posee, ciertamente, un sentido dinámico-temporal más fuerte (uno espacial más débil) que el de la actual forma verbal “contener”. Volviendo, pues, a la raíz del verbo —a su verdad, como hubiese dicho Cratilo—, reconquistamos su dinamismo y la transitividad lógico-espacial se nos convierte en transitividad ontológica. Bien pudiera pensarse, por otra parte, que la *exigencia* parmenídea (de lo decible y pensable sobre el Ser) sea inseparablemente exigencia ontológica-lingüística. *

Y he aquí el motivo de la comparación entre el verbo “contener” y “ser”: “contener” en su uso actual describe una pura relación espacial. En sus orígenes expresaba, en una de sus dimensiones, “lo que va con”, es decir, lo que podría pensarse como interioridad o esencia o, por último, como el ser que mantiene o sostiene una cohesión. El verbo ser en uno de sus usos más comunes o es relación entre substancias o clases, y entonces el sujeto es un elemento del predicado y este último deberá determinarse en su verdadero ser y así hasta el infinito, o bien el predicado es una cualidad y como tal no puede identificarse con el ser del ente enjuiciado. En todo caso, en el juicio se afirma que el sujeto es diverso de sí mismo, tanto si se predica que es algo, como si se predica que no lo es. El devenir se introduce en el trayecto que va de sujeto a predicado. Ante tal situación, Parménides habría legislado sobre lo decible en conformidad con lo pensable. Perdida ya la inocencia lingüística avanza como un castigo la paradoja, la sofística. Protágoras, Gorgias, los megáricos volverán a plantear a “nivel lógico”, el problema de expresar el devenir o el ser en el lenguaje.

En esta atmósfera de crisis de la palabra se organiza lentamente el pensar lógico. Con el tiempo este pensar ha ido olvidando su punto de partida. La palabra ha quedado abandonada.

Lógicos y gramáticos estuvieron siempre de acuerdo en que toda forma verbal puede traducirse al verbo, ser más un nombre. Con este

* Calogero, *Logica*.

recurso se logra liberar de obstáculos el camino de la conclusión lógica. Pero la reflexión *sobre* el lenguaje ha sido postergada.

Heidegger, Siewerth y otros pensadores contemporáneos han vuelto a meditar sobre el problema del lenguaje con toda la intensidad que se merece. Falta, sin embargo, la minuciosidad analítica que posibilitaría una ontología del lenguaje. Y quizá esta ontología pueda mostrar que la lógica misma no es otra cosa que una esquematización unilateral de algunos de los aspectos ontológicos del lenguaje.